

CATOLICISMO POPULAR

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

LOS católicos —scamos sinceros— estamos en plena crisis. Basta leer cualquier revista católica extranjera para darnos cuenta de ello. Unas veces es el americano *National Catholic Reporter* —uno de los mejores semanarios católicos— quien nos pone un poco los pelos de punta hablando del posible cisma del belga —naturalizado americano— Padre G. A. De Pauw, que conmina al Papa: «o latín en la misa, o separación de la Iglesia». Otras es —en el extremo opuesto— el holandés Padre R. Adolfs, O. S. A., que dice de Pablo VI: «o es un reaccionario, o un muñeco en manos de la Curia romana».

Conservadores y progresistas coinciden en una misma extrema postura —aunque de signo contrario la una de la otra—, que es reveladora de la crisis interna que hay en el catolicismo.

Pero el pueblo, ¿puede decirse que está con ellos?

L pueblo cristiano —o que llamamos cristiano— está principalmente formado de un fuerte núcleo más o menos paganizado, que tiene un superficial barniz cristiano; y de otro núcleo bastante menor, pero cada vez más importante, de «nuevos católicos», o de «terceros hombres», que ven con una sonrisa de ironía —la misma que preconizaba en el futuro el teólogo Rahner para algunas exageraciones de tono autoritario del Concilio— tales posturas. Una y otra les parecen, sin embargo, al hombre de la calle desfasadas; incluso anticuadas, por modernas que parezcan.

Juntamente con estos dos núcleos importantes de católicos, se manifiestan las minorías —que en el futuro carecerán de importancia— de conservadores y progresistas; cada vez más insignificantes, porque llegaremos todos a darnos cuenta de lo superficial de su postura.

Los que gritaban hasta ahora eran los que removían las aguas tranquilas de los poseedores de la rutina religiosa: eran los que llamamos progresistas.

Los que se callaban antes, porque preferían defender el fuero contra la realidad, eran los conservadores.

Pero hoy, los términos se han invertido. Cada vez —y nuestro país es buena muestra de ello— se van encontrando más estentóreas proclamas de los retrógrados, porque son cada vez más conscientes del progresivo olvido en el que el mundo les tendrá en el futuro, y en que ya les va teniendo ahora.

Por eso, cada vez los relatos de una y otra postura van pareciéndonos al hombre de la calle, y al que quiere pensar con el hombre de la calle, cosas de otro planeta; pero no de la tierra que pisamos hoy —año 1967— con nuestros pies.

Ya no hace falta, por lo mismo, criticar a unos ni a otros, como se hacía hace un año. Basta con exponer sus posturas, para que queden en ridículo, que siempre ha sido el arma más elegante para batallar por la verdad: y porque la polémica dura, agria y apasionada no convence ya a la gente. Hoy basta con decir las cosas claras, sin ataque alguno contra ellas, para que nos percatemos cada vez más de su inanidad. El hombre del último tercio de este siglo, con tantos avatares, está harto de ditirambos, palabras agudas, eufemismos o ataques vehementes: sólo quiere y aprecia la verdad escueta.

El Cardenal Journet decía —por eso— que la mejor apología del catolicismo era la sobria exposición de sus verdades, de las verdades básicas del cristianismo; no, naturalmente, de sus exageraciones o imposiciones abusivas, presentadas como dogmas, o como doctrinas y prácticas obligatorias.

NO suena ya un poco ridículo —aun a los más timoratos conservadores— que se diga que son peligrosos el Cardenal Shehan, de Baltimore, o el Cardenal Suencens, de Malinas, conocidos ambos por su moderada postura en la Iglesia?

¿O que este mismo Padre De Pauw desafíe al Papa, diciéndole que

«hace dos años todavía podría haberse llegado a un arreglo —en el problema de la lengua litúrgica—; pero que hoy cualquier propuesta —que no sea el latín que ellos pretenden otra vez— llega demasiado tarde, y se queda demasiado corta...»?

Y, sin embargo, es preferible que, de una vez, se diga claro —como hace él— que los conservadores integristas «no pueden hacerse solidarios por más tiempo del estatuto religioso establecido por el Concilio».

Pero tampoco se queda corto —en el extremo opuesto— un Padre Adolfs pretendiendo una quijotesca reforma de la Iglesia; e invirtiendo gran parte de su tiempo, y su inocente energía, en luchar airadamente —como un nuevo y lloroso Jeremías— contra el lento caminar de la Curia romana.

Si el angustioso grito de los conservadores, que pierden pie en nuestro agitado mar posconciliar, puede ser anacrónico retoño de la postura rígida ante la vida, pero noble, sin duda, de los antiguos hidalgos que perecieron definitivamente con la Edad Moderna; el no menos angustioso toque de clarín de los progresistas, que piden batalla contra los anticuados muros de bambalina de una estructura eclesiástica que se cae, sin energía perdida ante la realidad del mundo y del pueblo: de esos hombres corrientes que evolucionan de una religión pagana, tintada de cristianismo, a un cristianismo sencillo, que no quiere apenas estructuras —por avanzadas que sean—, para que no se falseen inevitablemente con el tiempo.

Ese conservador que usa todavía una lógica de niño, no es ya el hombre religioso que el pueblo quiere; ni tampoco esos progresistas que desprecian la razón —la profunda razón que ha engendrado la ciencia, la psicología o el arte actual— en nombre de una intuición romántica, superficial e ingenua, que sólo es aparente refugio de aquellos que se evaden de la reciedumbre que pide al hombre el mundo actual.

LO que el hombre de hoy cada vez va queriendo más clara e intensamente es Evangelio sin hojarasca de erudición eclesiástica barata, o de cultura de aficionado; y por eso se aprecia en el pueblo, cada vez más, una fuerte indiferencia a lo que había sido hasta ahora «condescendencia» de la Iglesia.

No hace muchos días —en el mes de agosto, en Vitoria—, un sacerdote me preguntaba, durante la semana de Arte Sacro, con total sencillez —y casi ingenuidad— qué debía hacer ante un pueblo que antes se apretaba en el templo el día de la Patrona, o que vibraba ante las procesiones y novenas populares, que hacía de las velas o candelas encendidas una especie de rito misterioso, y que ahora ya no va a la iglesia, porque eso no le dice nada.

La verdad es que no tuve más remedio que recomendarle hacer con esas costumbres lo mismo que hicieron algunos Santos de hace más de diez siglos, cuando suprimieron el culto de las imágenes en sus regiones, para evitar la confusión supersticiosa que engendraba su uso en un pueblo fanatizado. Si el agua bendita o las luces a los Santos son de origen pagano; si muchas festividades no tienen otro origen que éste, a espaldas del cristianismo; si —incluso— algunos Santos no existieron, y su veneración es una trasposición de la veneración que se dio a divinidades paganas —como demuestra el bolandista Padre Delehaye—, entonces lo mejor es volver al Evangelio; y no querer falsamente adaptar la religión al deseo supersticioso que los hombres llevaban oculto en el fondo ancestral de su conciencia hasta hace poco, y que esta Era de la Ciencia va, poco a poco, limpiando.

En vez de asustarnos por esta retirada del pueblo de ciertas prácticas religiosas, que eran muestra sólo de la «condescendencia» que usó la Iglesia en otros tiempos, deberíamos alegrarnos por ello, y buscar fuentes religiosas más puras y sencillas, en vez de querer conservarlas —como hacen los retrógrados—, o renovarlas y sustituirlas por otras —como pretenden los progresistas.

Schillebeeckx, O. P., el teólogo flamenco que todavía les parece conservador a los holandeses, expresaba esto de una manera popular en el reciente Congreso de Teología, celebrado en la ciudad canadiense de Toronto: «un chico holandés de ocho años, era adoctrinado por su padre durante **SIGUE**



Cuando se habla de Trincheras, se piensa en Tervilor

Es natural. Su perfecta confección, la variedad de modelos siempre dentro de la moda, sus acertados colores y la calidad del tejido, han convertido la Trinchera de Tervilor en la prenda útil y elegante que no falta en ningún ropero. Vea la nueva Colección de Trincheras Tervilor para este Otoño; en ella encontrará la prenda que cuadra con su gusto.

Trinchera de *Tervilor*[®]

CLIMA DE ELEGANCIA

Este Otoño presentamos también GABALOR el abrigo de lluvia tan en boga en otros países, ideal para los días fríos e inseguros.

CATOLICISMO POPULAR

el almuerzo, diciéndole: "en primer lugar debes dar gracias a Dios, porque él es quien te da de comer todos los días", y el niño le respondió inmediatamente con un gesto displicente de hombros: "qué atrasados estais, Dios no me lo ha dado, sois vosotros con vuestro trabajo quienes me dais de comer".

El teólogo quería hacer ver lo que dice el escritor católico americano R. Hoyt: «los hallazgos, tanto racionales como experimentales, acerca de los problemas de la medicina, la producción, la sociología y la economía, se han revelado más efectivos que la oración». O lo que expresó el sociólogo, profesor E. Pin, de la Universidad Gregoriana, en 1965: en la civilización rural las necesidades primarias del hombre —la lluvia, la curación y la fecundidad— tendían a satisfacerse mediante ritos religiosos, porque se carecía de técnica para resolverlas. Hoy, en cambio, en una civilización industrial acudimos a la técnica para resolver estos problemas.

Así ocurre que, poco a poco, las marcas del Creador —son palabras del Padre Joly, O. P.— se van haciendo más borrosas en el Universo; y tienen que encontrarse, casi sólo, en lo más hondo del ser humano, y no en las cosas de fuera.

La gran verdad, que todos debemos reconocer —nos pese o no nos pese— es que «Dios se tornó superfluo para amplias masas; pues era un Dios al que sólo se acudía en la necesidad material» (Cardenal Koenig). Una vez superada, en buena parte, esta necesidad material o, al menos, descubierto el posible camino de solución, la gente abandona una religión de ritos, que sólo se había construido para una civilización infantil, propia del hombre que vive en un mundo rural subdesarrollado.

LOS hombres del mañana, que hoy empezamos ya a vivir, no queremos la simple vuelta al pasado, representado por ese primitivo cristianismo que hoy nos atrae por muchos conceptos, haciendo un falso mito de esa edad de oro religiosa, tan infantil, a veces, como la que se describe en nuestras empalagosas —por demasiado ingenuas— novelas pastoriles del siglo XVI.

Lo que pretendemos es otra cosa, aunque superficialmente se le parezca.

Queremos un catolicismo popular; pero del pueblo de hoy, no del de ayer. De ese pueblo en vías de desarrollo que hoy emerge en cada uno de nosotros. De un pueblo en camino de socialización, captado —aunque sea sólo a retazos— por el pensar científico, serio y nada infantil, de nuestro tiempo.

Necesitamos que el hombre religioso actual sea sobriamente religioso, y no quiera acudir constantemente a un «Deus ex machina» para resolver sus problemas, o sus fallos, como si estuviera Dios dentro del mundo, mezclándose con él como un ingrediente más con el que hubiera que contar a todas horas.

Quieren —más o menos conscientemente— que se purifique su religión, la religión de sus antepasados, para convertirla en una vida del amor que predica el Evangelio. Y no la religión del rito pagano, o semi-pagano, que hasta ahora nos ha envuelto demasiadas veces, quizá con razonable condescendencia, adecuada para otras épocas, pero que hoy carece ya de sentido en una civilización adulta.

El Amor es Dios —según el comentario que hace del apóstol San Juan, Agustín, el filósofo Obispo de Hipona— y tiene su puesto únicamente en el corazón del hombre, llamémosle a este Dios como le llamemos. Y está en lo más hondo del ser humano, para impulsarle hacia los demás, no como si fuera una idea artificiosa, o una pantalla que se interpone entre mí yo y el de los otros hombres, sino como una dinámica de la entrega a una verdadera cooperación inteligente entre todos los hombres de buena voluntad, sin discriminación alguna por motivos religiosos, racistas o económicos.

Como dice muy bien el escritor católico americano J. R. Pleasants, «hasta la manera de decir la misa en lengua vulgar, puede ser un mito más peligroso que el uso de esos términos incomprensibles que antes se usaban». ¿Por qué? Porque lo que debe transformarse en ella son los ritos, y no el idioma; los signos de otros tiempos, hoy superados, y quedar la sobria sencillez evangélica que hoy necesitamos, en una civilización harta de complicaciones y de prisa, a la que nada dice la reposada y farragosa liturgia de otros tiempos. ¿No es eso mismo lo que pretendía el Concilio en su Constitución sobre la Liturgia, cuando dice que el culto puede tomar los elementos populares necesarios para hacerse más transparente al pueblo de hoy?

Y no olviden los promotores de esta falsa y desfasada religiosidad —o conservadora o progresiva— que este pueblo no es ya, en nuestra civilización, el de unas posturas ya superadas, por bien ataviadas que se presenten, sino el de la era atómica, que requiere una profunda transformación simplificadora.

E. M. M.

cuando hay
dos juntos...
¡es
"Espléndido"!



si uno es
bueno,
el otro
es
mejor...



Garvey
JEREZ

¡SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY!